

BX4700

R6

H36

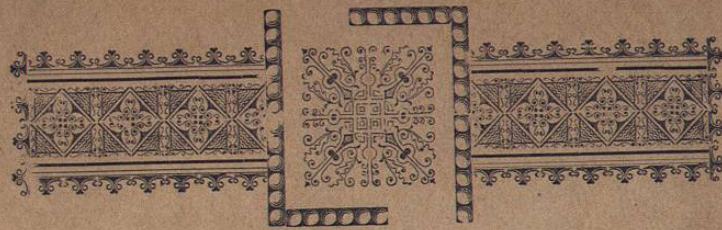
C1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



DEPARTAMENTO DE HISTORIA



PRÓLOGO



LA HISTORIA ofrece pocas páginas tan interesantes como las destinadas á celebrar las virtudes en que sobresalieron los campeones ilustres de la Iglesia católica. Fijar la vista en las hazañas, que llevaron á cabo la intrepidez de los guerreros y el genio emprendedor de los conquistadores, vale tanto, en la mayor parte de las ocasiones, como condenarse á presenciar escenas de terror y de luto. ¿No lo son los restos ensangrentados, que, en confuso desorden, se ven esparcidos acá y allá en el campo de batalla, únicos caracteres con que se escribe el panegírico del soldado? ¿No lo son los montones de escombros á que han quedado reducidas ciudades florecientes y populosas, con las que se edifica casi siempre el pedestal que sostiene la estatua del vencedor? Contemplar las conquistas que ha hecho el espíritu en los vastos dominios de la materia á la que ha robado

000222

gran parte de sus secretos; la prosperidad de aquellas naciones que marcan la ruta que deben seguir las otras en su marcha por la senda de la civilización; las diversas fases que ha presentado la industria, ruda y tosca al principio, capaz hoy de satisfacer todas las necesidades de la vida y aún todos los caprichos de la moda; contemplar todo esto, es detenerse á mirar cuadros de escaso ó de ningún mérito moral; por hallarse ocultos los pocos perfiles de verdadera grandeza, que ofrece un progreso semejante, tras las sombras espesas en que suelen envolverle la ambición, la vanagloria, la avaricia y las otras pasiones desordenadas, causas generatrices á menudo del engrandecimiento de las naciones y de los adelantos que se admiran en las artes y en las ciencias.

¿Y pueden despertar verdadero interés en inteligencias ávidas de los resplandores de la verdad y en corazones ansiosos de los encantos del bien, las manchas y sombras, los defectos y ruindades, que componen el acompañamiento obligado de la pobre naturaleza humana, cuando quiera que obra á impulsos de las conveniencias sociales y políticas? Dificilmente se sustenta y robustece el sentimiento con manjares tan poco nutritivos como los que suministra la consideración de las conquistas pasadas y de los adelantos presentes. Pueden servir aquellos recuerdos y esta realidad de base de un orgullo nacional bien entendido; pero todo ello es demasiado vaporoso para que quede satisfecha la voluntad, potencia de suyo exigente y antojadiza en demasía.

Tarde ó temprano suceden la reflexión y los cálculos desapasionados de la verdad al entusiasmo, que despiertan en el alma: el valor militar, la astucia de los que se hicieron dueños de naciones extrañas, la constancia que mostraron los amantes del saber, hasta descubrir alguna de las leyes porque se rige el universo, la inspi-

ración, de los que lograron trasladar al papel ó al mármol la belleza, que vivía en su espíritu; sobre todo si aquellos guerreros y conquistadores y estos artistas y sabios hablaron la lengua de quien les admira, respiraron la atmósfera de sus campos y nacieron bajo el hermoso cielo de su patria. ¿Qué ventajas duraderas, qué consecuencias provechosas para el porvenir, se pregunta á sí mismo el hombre de convicciones profundas y sobre todo de fe sólida y arraigada, se me siguen de que mis antepasados ciñeran sus sienes con corona de laurel, ganada en buena lid; ó de madre selvas y claveles, si se hicieron acreedores á ella, por haber arrancado á la lira sonidos dulces y melodiosos? ¿Qué ganan mi espíritu y mi corazón, en cuanto potencias nacidas para descansar en la posesión de una verdad infinita y de un bien supremo, con el bienestar transitorio, que pueden proporcionarme las riquezas, las comodidades y los adelantos de la sociedad á que pertenezco? No es, pues, la historia de los pueblos, en cuanto son agrupaciones inmensas de guerreros, que caminan sin volver la vista atrás hacia la conquista del vellocino de oro, emblema de un engrandecimiento puramente material; ó agrupaciones reducidas de sabios, de economistas y de políticos, que estudian los secretos de la naturaleza ó la manera de hacer prosperar una nación; no es esta la historia que más interés despierta en el cristiano; hay otra que le tiene para él mucho mayor, y es la que se consagra á inmortalizar los hechos gloriosos de ciertos individuos, de escaso valer á los ojos del mundo, y si se quiere hasta viles y despreciables, según los cálculos egoistas de la prudencia humana.

Para entender esta verdad téngase en cuenta que hay en la vida del discípulo de Jesucristo luchas tan encarnizadas, que frente á ellas son juegos de niños las que traban entre sí los diversos pueblos de la tierra, excita-

dos por el odio de raza, de religión ó por los deseos contrariados de conquista; enemigos tan formidables, que en su comparación no merecen este nombre los más diestros en el arte de matar; ciencias tan difíciles de adquirir, que junto á ellas desaparecen las sombras de que se encuentran cercadas, las que tienen en el mundo material el objeto de sus cálculos y averiguaciones.

¿No es más espinoso y cuesta arriba clavar el estandarte sagrado de la cruz sobre la cumbre del Calvario, al que se llega por el camino estrecho de la paciencia invicta en los trabajos, que rendir una fortaleza por inexpugnable que sea y fijar en cualquiera de sus torres la bandera de la patria? ¿No es menos aventurado exponer el pecho á las balas enemigas, contra las que tanto valen la astucia y los ardidés de la guerra, que el corazón á los dardos envenenados de Lucifer y sus satélites; el mundo y las pasiones de la carne, tan diestros en las luchas del espíritu y tan fuertes, desde la prevaricación del paraíso? ¿No es más fácil descubrir las vías ocultas por donde se dirigen los seres al término, para que han sido criados; las leyes á que se sujetan los astros en sus movimientos, las plantas y animales en su propagación, y la materia bruta en los fenómenos, que en ella se desarrollan; no es esto más fácil que abarcar con la vista del alma extremos tan distantes, como la majestad divina y la pequeñez humana, el dominio absoluto de Dios y la sumisión perfecta del hombre; lo que se llama ciencia de los santos, en la que entran el Criador y la criatura racional; aquél cercado de luz, de hermosura, de perfección infinita y ésta rodeada de oscuridad, de sombras, de llagas y de miserias sin cuento?

Según estos datos, que son los únicos por donde se calcula la verdadera grandeza moral del hombre, la tímida religiosa que se espanta al ver cerca de sí á una

persona extraña y al oír de noche cualquier ruido des-acostumbrado ocupa en la escala de los esforzados y valientes un puesto de honor; que envidiarían Alejandro Magno, Julio César y cuantos capitanes ilustres se han distinguido por su arrojo en el campo de batalla; y Pablo el monje, discípulo de San Antonio Abad, célebre por la sublime simplicidad de que dió tan repetidos ejemplos, se internó en regiones, que no pudieron explorar Platón, Aristóteles ni cualquier otro entre los sabios que, al decir del Apóstol, ignoraron la ciencia de Jesucristo crucificado y desconocieron lo que es amar de veras á Dios, lo que es aborrecer sinceramente al mundo, al demonio y á las pasiones desordenadas de la carne.

Dé aquí el que hallándonos incapaces de seguir las huellas que dejaron impresas cuantos arribaron á la cumbre de las grandezas mundanas por el camino del valor, del saber, de la astucia y del acierto en el gobierno de los pueblos, nos veamos obligados á emprender viajes de ascensión por sendas que superan con mucho en longitud, escabrosidad, y aspereza á cuantas han tenido que recorrer los hombres ilustres según el siglo. ¿Y no es un insulto á la común debilidad del género humano pretender que haga lo más, cuando no puede lo menos? ¿No es violentar la naturaleza, exigirla tendencias que la repugnan, virtudes que la molestan, esfuerzos que la contrarian y frutos de bondad, que por estar plantada en el terreno estéril de la culpa, no la es posible producir? «Si por la gracia de Dios, soy lo que soy», decía el Apóstol: pronto pasa el bien tardo para el mal, amante de los fulgores purísimos, que despide la verdad, enemigo de las sombras espesas, que envuelven el vicio; con la ayuda del mismo principio de vida sobrenatural somos también nosotros capaces de escalar las alturas de la perfección cristiana, no obstante ser preciso salvar la distancia infinita que la semejanza

del pecado pone entre la criatura y su Criador. ¿Y parecerá extraño en vista de esto, que aunque no podamos seguir en la tierra los pasos del genio en sus descubrimientos, del valor en sus conquistas, ni de la ciencia en sus adelantos, debamos volar por las regiones de la humildad santa, de la obediencia perfecta y de las otras virtudes cristianas, adonde sólo llegan los verdaderamente grandes y esforzados?

Por esto entre todas las páginas de la historia las más interesantes para un cristiano son aquellas en que se consignan los hechos gloriosos que llevaron á cabo los héroes de nuestra religión sacrosanta. Al fijarnos en ellas descubrimos, como restos de la lucha entre los soldados de Jesucristo y las pasiones de la concupiscencia, miembros ensangrentados y hasta pedazos del corazón, que ponen de manifiesto lo reñido de estos encuentros; y vemos en la conducta de los valientes de Israel, triunfantes casi siempre, no obstante las heridas que reciben en el campo de batalla, la única senda por donde deben caminar los discípulos de la cruz, si quieren llegar á la verdadera tierra de promisión, que es el cielo. ¿Y hay sacrificios y esfuerzos en el mundo comparables á éstos? ¿Hay nada tan importante en la vida cristiana como conocer á los capitanes, bajo cuyas órdenes se debe pelear para marchar seguros á la victoria?

Aquí se descubre en gran parte el origen del vivo interés que despierta en cualquier alma, iluminada por los resplandores de la fe, la lectura de la vida de un santo. Dicho queda con esto, que hemos creído prestar un servicio á las personas devotas reimprimiendo la de Santa Rosa de Lima, escrita en latín por el P. Fr. Leonardo Hansen y vertida al castellano por el P. Fr. Jacinto Parra; con algunas pequeñas modificaciones, que ha sido preciso introducir.

¡Qué hermosa aparece en ella la primera flor de san-

tividad, que produjo el campo, hasta entonces estéril, del Nuevo Mundo! ¡Qué perfumes tan delicados de virtudes perfectas exhala esta virgen inocente, durante los treinta y dos años de su vida mortal! ¡Con qué esmero fué cultivado, en el jardín frondoso de la Iglesia, este lirio de incomparable belleza, por el divino agricultor de las almas, Jesucristo! ¡Qué simpatía sobrenatural tan fuerte hacia esta esposa del Cordero sin mancha se despierta en el interior, al descubrir en ella los ricos colores y dorados matices, que prestan al espíritu todos los dones de gracia, especialmente la pureza, la humildad, la resignación en medio de los contratiempos de la existencia y el amor encendido á Dios y á los hombres! ¿Y cómo no sentir esta admiración afectuosa al ver á una niña de pocos años trepar por pendientes, erizadas de espinas, que asustan á los que mayor decisión muestran por el servicio del Señor?

¿Pues qué dificultades extraordinarias encontró Rosa de Lima, para escalar las alturas de la perfección cristiana? ¿Por qué sendas la condujo el Salvador á la cumbre de la santidad heroica?

No es muy gustosa la que principia en el portal de Belén, donde para cubrir los miembros infantiles de un recién nacido en la noche más cruda de invierno, sólo tiene su Madre unos pobres pañales; continúa por el taller de Nazareth, en el que, junto á un anciano carpintero, se ve á un joven de pocos años, regando la tierra con el sudor de su rostro, para ganar el sustento cotidiano; y termina en el Calvario, sobre el que muere desnudo, pendiente entre el cielo y la tierra, el Señor de todo lo criado. Por esta senda de la pobreza evangélica camina Rosa casi desde que huella con su planta inocente este valle de miserias.

Hija de padres pobres, siente desde muy niña los inconvenientes que trae consigo para el bienestar del

cuerpo, la carencia del metal despreciable, ante el que se postra la mayor parte de los hombres. Contaba sólo nueve meses nuestra virgen, cuando por hallarse su madre falta de leche y por no disponer de los recursos necesarios con que pagar á una ama de cría, comenzó á gustar los frutos amargos y sabrosos á la vez de la virtud celestial, que, como algunas plantas delicadas, vive y se desarrolla sin que la preste jugo alguno la tierra.

Por su pobreza destina desde muy niña diez horas diarias al trabajo de manos, con el fin de aliviar en parte las necesidades que, como carga de plomo pesaban sobre los hombros débiles de Francisco Flores y de María de la Oliva, padres de once hijos, entre los que se contaba nuestra santa. Por amor á la pobreza escoge vestido viejo y remendado, comida escasa y ordinaria; habitación desamueblada y oscura; y apenas descubre el rostro bellissimo de esta hija del cielo se enamora de ella y la une á sí con los estrechos lazos de místico desposorio; sin faltar una sola vez á la fidelidad que la prometió, por correr en pos de las riquezas falaces de este mundo.

¿Por qué sendas condujo el Salvador á Rosa hasta la cumbre de la santidad heróica?

¡Dichoso el que antes de dar al mundo el adios último y eterno de la separación forzosa, que sigue á la muerte, se despide de él, yendo á encerrarse en el sepulcro voluntario, que se llama soledad del claustro, adonde difícilmente llega el confuso clamoreo, que forman las alegres carcajadas de los que gozan, las tristes lamentaciones de los que sufren y los melancólicos suspiros de los desengañados, que tarde ó temprano lo son todos los hijos de Adán! ¡Cuánto tiene adelantado este tal para arribar seguro al puerto sosegado de la dicha transitoria, que acompaña en el tiempo á la virtud; y de la bienaventuranza perdurable con que se premian en

la eternidad las buenas obras! Pero en cambio ¡qué tormentas tan furiosas, qué vientos tan recios y encontrados se desencadenan de continuo contra los que navegan por el mar proceloso del siglo! ¡Cuántas dificultades hallan á cada paso para salvar la distancia que suele separarles de la perfecta tranquilidad de la buena conciencia y de la mansión afortunada de la gloria! Todas las halló y de todas salió con bien nuestra esforzada heroína.

Por disposición de lo alto se vió presa, durante toda su vida, en la cárcel tenebrosa del siglo, sin poder respirar el ambiente puro y regenerador del estado religioso. ¡Qué costoso la debió ser resistir frecuentemente á la dulce violencia, con que la llamaba. hacia sí la soledad exterior! Se privaba, sin embargo, de ella, cuando lo exigían la obediencia que debía á sus padres; el cariño santo que profesaba á sus hermanos y á las personas devotas que la visitaban; la salud espiritual ó corporal del prójimo, al que consolaba con prudentes y acertados consejos y con cuantos medios estaban á su alcance; y las muchas ocupaciones que la ponían en contacto con el mundo. Aunque tan cuidadosa de la guarda de los sentidos, por donde suele introducir el infierno de contrabando, las armas de guerra, que utiliza después en sus luchas espirituales contra el hombre, no podía evitar que llegara hasta ella el eco de las rencillas domésticas; de algunas disensiones extrañas; de muchas quejas irracionales, que formulan contra la Providencia paternal de Dios una fe á medias y una esperanza defectuosa; de los ayes y gemidos sin cuento, que allí como en todas partes y entonces como en todos los siglos, brotaban de manantiales sucios y revueltos, cuales son los corazones faltos de la virtud santa que se llama caridad fraterna.

Como consecuencia forzosa del roce que tenía nues-

tra virgen con el mundo, trabajaba éste sin descanso porque llegaran hasta ella, con el fin de prenderla en las redes del mal, las palabras seductoras y provocativas de los esclavos de las pasiones, cebo agradable que oculta casi siempre el anzuelo de las sugestiones infernales. La ponía también delante objetos que lisonjean la naturaleza corrompida; que era lo mismo que ofrecerla veneno en copa dorada. ¿Y hay nada más desagradable para el paladar interior, informado por la gracia, que las dulzuras que promete la naturaleza; nada más sensible, para corazones tan celosos de la gloria de Dios y tan amantes de la hermosura espiritual, como el de Rosa, que morar en un mundo, cuya ocupación favorita es seducir á las almas para arrastrarlas hasta el abismo de la culpa?

¿Por qué sendas condujo Jesucristo á Rosa hasta la cumbre de la perfección cristiana?

Mucho tiene adelantado en este camino, quien encuentra en los padres que le dieron la existencia y en los hermanos, que le ayudan á llevar la carga de los quehaceres domésticos, ángeles custodios, por cuyas exhortaciones piadosas y ejemplos edificantes se anima á la práctica de la virtud. ¿A quién parecerá extraño, que se cosecharan frutos abundantes de santidad en campos tan cuidadosamente trabajados, como las familias de Basilio el Grande, de Gregorio Nacienceno y de Domingo de Guzmán? Lo sería, sí, no obstante, el esmero que pusieron los padres y hermanos de estos tres héroes de la Iglesia católica en su cultivo espiritual, éstos hubieran producido sólo cosecha ordinaria de perfección evangélica ó no hubieran producido ninguna. También lo es, discurriendo según el mismo principio, que Rosa de Lima, presente tanta abundancia de humildad, de mansedumbre, de caridad perfecta y de todas las otras virtudes habiendo sido plantada en terreno tan

poco fértil para la santidad, como lo era la casa de sus padres.

María de Oliva hacía entrár en el catálogo de las exajeraciones místicas, de las ridiculeces y extravagancias de mal género, tan perjudiciales al cuerpo como al alma, la solicitud con que evitaba nuestra santa el trato con el siglo; la diligencia con que ocultaba la hermosura y belleza, de que Dios la había dotado; el afán que ponía en tener á raya las pasiones de la carne, por medio de mortificaciones y asperezas, superiores á la edad y esfuerzo de una doncella; el desvío que mostraba hacia las diversiones y pasatiempos en que tanto suele agradarse la juventud; la displicencia con que oía hablar de conveniencias mundanas y de lo que se llama partidos ventajosos según los cálculos de la prudencia de la carne, entre los que figura un matrimonio que produzca honra y dinero. Esta fué la causa principal de que se opusiera con una tenacidad tan censurable á los proyectos de perfección, que mostró su hija desde que tuvo uso de razón.

«La modestia de la virgen, dice el P. Hansen, la templanza, devoción y retiro del siglo, el silencio y vigiliias eran graves delitos para la impaciente madre, y culpas tan reprecensibles, que en su aprecio no era bastante castigo reñirla, asustarla con gritos, con injurias é irrisiones; ni era suficiente para satisfacer su cólera el golpearla con la mano y con los puños, ni darla golpes con los pies. Valíase la airada madre de un palo grueso de membrillo, con el que castigaba y hería cruelmente á Rosa, doncella ya entonces de más crecida edad; sobre todo cuando supo que se había cortado á raíz las doradas madejas del cabello, á imitación de Santa Catalina de Sena. No era más apacible el carácter de los otros miembros de su familia. Después que llegaron á entender la singularidad de su vida, las visio-

nes celestiales, el trato estrecho con Dios y aquella abstinencia rara, evidentemente superior á las fuerzas humanas, de que fácilmente se colegía, que siendo tan delicada no podía sostenerse naturalmente con tan corto alimento que era casi ninguno; comenzaron á concebir temor sus hermanos no la llevasen á la Inquisición; y pareciales que cada día estaban en este riesgo de que la habían de prender como sospechosa de falsa hipocresía y por embustera y engañadora del mundo, y que fingía santidad sacrilegamente. Y les parecía que era fácil de convencer este crimen ó de hallar indicios bastantes para echarla la mano como rea, con gran desdoro y deshonor de su familia. Con estas cavilaciones infundadas la daban cada día en rostro; con estas amenazas la apuraban y afligían; sin tener ella á quien volver los ojos, porque hallaba armados contra sí á los que debían estar más de su parte. No se recataba su madre de confundir públicamente á su afligida hija; diciendo delante de los de su casa y de los extraños que era una hipocritona, embaucadora, engañadora, fingida santona, ajena y vacía de todo lo que es virtud verdadera y sólida. Añadiase á esto, para que fuese más colmado su desconsuelo la poca inteligencia y caudal de algunos confesores incrédulos, que por mantener su primer parecer errado, se atrevían á persuadir á Rosa que su modo de vivir iba fuera de tino; ó por lo menos que caminaba con poca seguridad; y que las visiones que contaba eran antojos suyos o vahidos de cabeza, causados por la destemplanza de sus humores; y que las que le parecían ilustraciones del cielo, no eran sino ilusiones frívolas del demonio ó desvanecimientos del cerebro.»

¿Por qué sendas condujo el Salvador á la Patrona del nuevo mundo hasta la cima de la perfección cristiana?

Preciso es verlo confirmado por el Sumo Pontífice,

maestro infalible de la verdad en la tierra para poder dar crédito á lo que refiere la historia de las mortificaciones portentosas con que afligió su cuerpo esta esposa inocente de Jesucristo crucificado. Causa admiración y espanto leer en la Bula de la Canonización lo tocante al heroísmo con que satisfizo á la obligación tan sagrada y tan desatendida, que tienen todos los cristianos de hacer guerra á las pasiones desordenadas de la carne. Pocos santos habrán podido repetir con tanta exactitud como ella las palabras del Apóstol: «Estoy enclavada en la cruz de mi Señor Jesucristo. Vivo, pero no yo; sino que vive Jesucristo en mí.»

Aunque tan señalada Rosa en todas las otras virtudes, lo fué de tal modo en la abnegación de sí misma, mediante los rigores de la penitencia, que esta virtud forma el fondo del carácter moral, con que se distingue especialmente, de los innumerables santos que han militado en las filas del Señor, que murió en un infame patíbulo. Es frecuente representarla abrazándose con la cruz; con lo que se quiere dar á entender, que vivió de la savia regeneradora que presta al espíritu fervoroso la mortificación corporal. ¿Qué fué bajo este concepto la existencia sobrenatural de Rosa en este mundo? Poco dan de sí treinta y un años de vida, y sin embargo ¿quién podrá calcular las distancias, que en el camino de esta virtud recorrió nuestra virgen en tan corto espacio de tiempo?

Para salir victoriosa de la gula, hija primogénita de la madre fecunda de vicios, á que llaman los libros sagrados, concupiscencia de la carne, niega al gusto los manjares que, por sí, ó por el condimento con que se preparan, producen mayor deleite y excitan más fuertemente el apetito. ¿Pero qué mucho, si hasta se privaba de lo más preciso para el sostenimiento de la vida? Sin el influjo sobre la parte material de Rosa, de los consuelos

celestiales, los que conservan á veces al hombre, como conserva el rocío de lo alto en ciertas regiones afortunadas, las plantas que en ellas se producen, no siendo necesaria el agua que brota de las fuentes ni la que cae de las nubes, la gloriosa penitente de Lima se hubiera agostado bien pronto, por faltarla el jugo indispensable para hacer frente á los enemigos de la existencia.

Cuando sólo contaba seis años, emprendió la ruda tarea de sacrificar en aras de la mortificación cristiana, los instintos propios de la naturaleza en esa edad. Puso sobre sus hombros la cruz de una abstinencia, capaz de hacer desfallecer á los más esforzados en la práctica de esta virtud. Prometió al Señor no comer más que pan y agua los miércoles, viernes y sábados de cada semana. A los quince, época crítica en el orden moral, por lo mismo que comienza en ellos á brotar la cizaña, que los enemigos espirituales arrojan al campo, que cultiva el Padre de Familias, nuestra virgen, para hacer estéril en sí misma la concupiscencia, de modo que no produjera los frutos de perdición que señala y lamenta el Apóstol, contrajo el compromiso sagrado de privarse en adelante de la carne; á no ser que la obligara á comerla la obediencia, que debía á sus superiores. Y ¡qué avara y miserable se mostraba con su cuerpo, cuando llegaba el caso de darle el sustento, que tan justamente reclamaba! Con menos de dos panes pequeños, de ocho que la daban de limosna todas las semanas, pasaba cada una de ellas; no tomando jamás otro alimento. Aun de este escaso refrigerio se privaba con mucha frecuencia, dejando pasar algunos días seguidos y hasta semanas y meses, sin gustar un solo bocado de pan. Y cuando lo tomaba, ¡qué adulterado se lo ofrecía á su estómago necesitado! Rociaba todo lo que comía con hiel y vinagre; ya para mortificar el sentido del gusto, ya para pagar con este acto de penitencia la deuda de amor, que con-

trajo el hombre con Jesucristo, al beber este Señor en la cruz hiel y vinagre.

Sigamos admirando el valor sobrenatural de Rosa, mientras sube por la pendiente erizada de espinas, que concluye en el monte santo de la mortificación cristiana. Tuvo siempre por vergonzoso esta virgen dejarse vencer del sueño, el que, no obstante el dominio avasallador que ejerce sobre la naturaleza, no pasa de ser un enemigo perezoso y cobarde. ¡De qué ardides no echó mano á cada instante para triunfar de quien tan blandamente ataca, tan sagazmente seduce, tan fuertemente sujeta y tan vergonzosamente alcanza victoria del hombre! Luchaba contra él esta esforzada guerrera de la virtud á brazo partido: bien permaneciendo derecha muchas horas seguidas, para esquivar de este modo más fácilmente la tentación; bien golpeándose á sí misma en la cerviz, en el pecho ó contra la pared, para ahuyentar las huestes formidables de su adversario; bien extendiendo los brazos sobre una cruz de madera, á la que se sujetaba por dos gruesos clavos, perseverando en esta postura noches enteras; ó bien quedando colgada de los cabellos, de modo que tocara en la tierra tan solo con las puntas de los dedos.

Cuando era preciso pagar á la naturaleza el tributo forzoso del sueño, ¡de qué mala gana satisfacía esta deuda! No concedía al cuerpo rendido por las continuas austeridades mas que dos horas de descanso; si merece este nombre el recostarse sobre cerca de trescientos cascotes de teja, esparcidos por las tablas desnudas, que servían de lecho á nuestra virgen; el apoyar la cabeza sobre una piedra esquinada ó sobre troncos nudosos; y el beber antes de entregarse al sueño buena cantidad de hiel, en memoria de la que amargó las fauces del Hijo de Dios próximo á la muerte.

¿Cómo pudo un organismo tan gastado como el de la